

Antología

CARTAS SON CARTAS (1966)

Sr. Paul Mayer
Ciudad

México, D. F., a 5 de abril de 1944.

Estimado amigo:

Su carta del 31 de Marzo ha constituido para mí una confortadora, intensísima alegría. Y, al propio tiempo, poderoso incentivo. Hablar sobre Antonio Machado, en un diálogo que arrambla con reparos liliputienses de idioma, casillero nacional y edad, a raíz del noble entusiasmo que su lectura ha despertado en usted, me somete a varios riesgos esquinados. En correspondencia española a su gentileza, no puedo ni debo formular cumplidos de rutina siempre maloliente. *Dar libre rienda a mi fervor sería notorio abuso de su cortesía.* Acometer un análisis profundo y substancioso, empresa superior a mi pobre facultad crítica. En semejante encrucijada de dilema no elijo un camino cerrado, sino que me lanzo... a la expresión, con agudos remordimientos de conciencia por estas líneas de exordio.

“La educación es tan necesaria como la naturalidad” dice una máxima de Confucio. Tal enunciado define, en mi criterio, un rasgo

psicológico central en la vida y en la obra de Antonio Machado. El poeta siente extrema avidez de saber, busca afanosamente los derroteros intelectuales de su época, gusta de confrontar los patrimonios ideológicos europeos, polemiza para sí con las diversas teorías filosóficas “que en el mundo son”, tendiendo a superar, a fructificar el dualismo que forma la naturaleza íntima del hombre, intenta aprehender el meollo de las doctrinas sociales en lucha, no desdeña las manifestaciones políticas válidas, quiere desentrañar el dinámico mensaje de las costumbres. Pero, a fin de cuentas, las inquietudes esbozadas no generan una mente compleja en “efectos” y atributos, un retraimiento morboso a la soledad. Producen un cariño, consciente y heroico, por lo sencillo, ya encarnado en criatura, árbol, río o muchedumbre. Cuando él, ser antidemagógico por antonomasia, se “asoma” a la opinión pública no lo hace con el frívolo desembarazo del profesional. Su presencia adquiere, entonces, la gravedad emocionante de lo insólito y maravilloso, del gesto moral solemne, porque –al igual que todo lo auténtico– no se prodiga, no es “el pan nuestro de cada día”, no es rutina y manoseo y retórica chabacana.

En un escritor cabal, de espíritu riguroso, no están divorciadas la vida y la obra, si ahondamos en sus circulatorios contactos, que la piel sólo acierta a traslucir. De ahí que se requiera a penetrar –con la discreción alerta que el sujeto merece– en su fluida biografía, que el mismo protagonista nos revela, de modo indirecto y modesto, en ciertos motivos insistentes de sus versos, en estados anímicos que se musicalizan, en frases sueltas de dolor, en palabras crujientes de angustia, en aquellas ironías donde sobrenada el amargo dejo. Hubo de su novela la breve estampa de una capital castellana, el sonoro y dulce ámbito de una mujer y el primer encuentro acre con la Muerte. Sí, para los retorcidos se trata de una futesa, de una serie banal de hechos, más para el varón que todo lo engrandece, a compás de su talla, son acaeceres notables. Después de la experiencia que lo reduce a la desnudez, viajar, contemplar, sufrir, representan creaciones que ya cambian su estructura privada y se convierten en singulares

incógnitas de general dominio. Más vigoroso el brazo, más acerada la flecha, más lejano y amplio el blanco. Por lo tanto, cura radical del menor vestigio narcisista.

Es difícil en un poeta contemporáneo escapar al exhibicionismo, al juego de los ritmos y de los ritos, a la propensión “marmórea” al desenfreno post-romántico (no son otra cosa las múltiples y enrevesadas sendas de la “vanguardia”) o al sarcasmo intrascendente. Nos hallamos ante actitudes prostituidas, signos de vocación tramposa, escarceos de melindre, integral miseria, suprema nadería. El viejo pudor ibérico, flor religiosa en la acepción más pura, salva a Machado de caer en ese despeñadero. Concepto físico de masculinidad, de pelea individualista y quijotesca, alma enemiga de ostentar pesares o gozos, que es como marchitarlos o perderlos. Prudente recato el suyo, purga de la vanagloria y, por sendero peculiar, intrépida batalla de eternidad.

No significa un detalle baladí que el oficio económico de Machado fuera la cátedra. Profesor de francés en Institutos provincianos ello le permitía un higiénico choque con el espejismo de la juventud, una dosis de aislamiento y la captación de la atmósfera que impera en los lugares de solana o enjutos de claridad donde se aprende la genuina condición de España. ¡Extravío irreparable considero que sus discípulos no nos hayan transmitido importantes facetas de su temperamento, pero los infelices pertenecían a una clase podrida, condenada a la ceguera!. Aunque el Maestro se esforzase en desbistar a callosos alumnos, labraba en yermo, mellaba su impulso comunicativo. ¿Qué puede expresarse de los retoños de los terratenientes avillanados, beatas sórdidas y aspirantes a guardias civiles?.

Entre los fenómenos de que Machado se condeue, el fracaso “in partibus”, de la revolución democrática. La sangría, parcialmente estéril, de las guerras domésticas del ochocientos aleja de la fuente de su fuerza –el pueblo- a los españoles más ilustres. Adoptan una

posición negativa, al predicar se dirigen al desierto. En ellos, la patria es un refugio: el paisaje. No perciben que el sistema dominante pugna con el signo geográfico, histórico y ético de la península, que exige normas de tipo federal y, a la larga, de completa transformación.

¿El patriotismo hispano es un patriotismo de paisaje, ajeno al Estado y a las instituciones?. Patriotismo impresionista, en que el color avasalla, en que las nociones interpretativas revisten cualidad “atmosférica”, en que por alzar las manos al cielo... del pretérito pisoteamos, ignorándolos, raíces y terruño. Al cifrar prácticamente la totalidad de las causas en el paisaje, éste degenera en decoración, en miembro amputado. La virtud eminente de Antonio Machado estriba en utilizar campo y montaña para descubrir el sumo valor energético: el hombre humilde. Mientras Azorín rastrea el polvo de las ruinas, nuestro poeta asciende a los ventisqueros, exalta al labriego, muestra la musculatura moral de otras centurias, nos reintegra a las bases de la aportación ecuménica.

Machado, se objeta, aborda exclusivamente motivos españoles, es coto vedado para los extranjeros. No negamos su calidad, siguen argumentando, pero sólo se dirige a sus conciudadanos. ¿A qué negar la dedicación absoluta del inventor de Juan de Mairena al medio y destino ibéricos? Sin embargo, conviene hilar más delgado. La inspiración no es nunca tejido unilateral. Se excita y crece gracias al contorno, mas también responde a una conjunción armoniosa de sensaciones independientes, típicas, a procesos volitivos particulares, a inefables sinrazones comunes a la época y a la especie. La melancolía, el prurito de la justicia, el deliquio de perfección, la identidad con la hermosura, ¿son motivos que afectan únicamente a los nacidos en una localidad catastrada o castrada?. Su reacción de simpatía hacia Antonio Machado, amigo Paul Mayer, lo denota. Pruébalo, asimismo, el que entre nosotros, emigrados políticos, tengan cada vez resonancia más honda sus composiciones. Y ello no refleja la añoranza de que somos presa, sino que es la corroboración

de afinidad que se fundamenta en nuestro pueblo, en tanto que factor universal poseedor de un acento especial y precioso.

Machado nos proclama en la aspiración acuciante del bien que se conquista, que no se logra por dádivas extrañas, mendigando. Nos enorgullecería ser como él: parcos en frases, defensores tenaces de causas legítimas, limpios de ambiciosos y perifollos, acordes con el presente pero sin tiquismiquis de fullera actualidad. Sobrios, de soterrada efusión, amantes de la cultura que no es privilegios de ociosos, impugnadores de los cobardes convencionalismos internacionales. Ayer, Munich y el Comité de no intervención, acrobacias de ensayistas alquilones; Guernica y regodeos a lo Paul Valéry; hoy, coqueterías con el traidor Franco; mañana...

Antonio Machado procede de Andalucía y se robustece en Castilla. ¡Otra dialéctica! El “ángel” metafórico, la exuberancia descriptiva de clara estirpe meridional se aquilatan al influjo combinado de la planicie seca y de la incurable herida de amor. Se eleva de esta suerte la atalaya castiza, cuyo remate forjarán, más tarde, Valencia y Cataluña hasta parar en el éxodo de la agonía, en nuestra guerra resurrecta. Muchas casualidades simbólicas del destino...

Lo corto, lo sentencioso deben a Machado una contribución señera. Matiz inestimable de su artesanía son los proverbios y cantares, fusión de la copla y del refrán, aristocracia de ambos, en que la intención elude el tono engolado para reproducir, a través de susurros, las brasas de fuego hogareño, en que el verbo se emancipa de ropajes superfluos para brindarnos tuétano de existencia, reflexión cenceña, sugerencia cristalina.

La pasión por la obra de Machado es anhelo vindicativo de España que usted comparte plenamente. Lo evidencia esa poesía suya, que a tanto nos obliga, y en que se apostilla el sentido de nuestra lucha:

“Por nosotros diste tu sangre...”

Al afirmarlo en el alemán de Goethe y Shiller, de Hegel y de Marx, de Heine, con su recia tonalidad lírica, suscita en nosotros una ilusión:

Que usted, Paul Mayer, cuando Alemania recupere su hollada dignidad, ofrezca a su pueblo la traducción de las poesías de Antonio Machado. Como testimonio de su admiración, con la delicada exactitud que distingue a un escritor de su rango. Aquellos de sus compatriotas que regalaron toda su riqueza, la vida y el entusiasmo acendrado, por nuestro futuro, se lo agradecerán, ya que están unidos, para siempre jamás, a la tierra de España.

M. A.

30 de mayo, 1950

Es para vosotros absolutamente desconocida la tragedia de los desterrados en su propia patria: marginados, espiados de continuo, sintiendo el asco físico de tantas pupilas vigilantes... etc. Comprenderán que la vida, así, adquiere unos bordes cárdenos, y es tan difícil que el amanecer de cada día es un problema angustioso que ha de resolverse a contrapelo del común de vecinos. Si a estas dificultades de tipo físico y económico se añade el ostracismo intelectual a que estamos condenados los "manchados", advertirás todo lo que de heroico tiene nuestro vivir.

13 de mayo, 1951

No sabe la alegría que me ha proporcionado su carta. Por haber llegado, y por salir de un resucitado en verdad. Parece que no las ha pasado usted nada bien, y en ese sentido, no sabe cómo lo lamento. Sin embargo, a pesar de ser mi más joven amigo peregrino, responde usted en cuanto puede y con un entusiasmo laudatorio, a esta amistad que para mí tiene un extraordinario interés. Comprendo,

comprendo muy bien todo lo que me cuenta de nuestros amigos comunes. Pero comprendo mejor que nada su capacidad de abandono. Ya sabe usted que el español es muy así. Y si tiene “altiplanicies”, “hipotensiones”, “morriñas” y otras zarandajas, ¡para qué le voy a contar! En este sentido, con sus letras, me llega la esperanza de una amistad sólida, duradera, firme. Si todos los que nos queremos por encima de esta catástrofe que actualmente es el mundo, pudiéramos permitirnos el gran lujo de una confianza en el mañana, todo sería más disculpable. Pero cuando pienso por cualquier monstruosidad guerrera, lo que ahora vamos tejiendo, puede desaparecer o suprimirse, como se suprimieron y desaparecieron tantas cosas en el comienzo de nuestra guerra, tiemblo todavía más. (Y ya sabe usted: temblar, es existir).

Me han impresionado profundamente noticias relativas a suicidios habidos en esa. ¿Querría usted contarme algo con respecto a esta realidad?. Para evitar cosas tan definitivas busco yo el diálogo, la amistad, el posible acercamiento. Porque nos encontramos caídos en una soledad abismática. Y sólo a veces la levedad de una carta, la llegada de una noticia, la posibilidad más remota, nos saca de una tristeza que usted conoce tan bien como yo. Aquí no hay altiplanicie, pero también tenemos lo nuestro. La gente inteligente anda disgregada, hecha añicos, no sabiendo en realidad qué hacer. Hasta hace muy poco nos habíamos refugiado en una difícil, circunstancial convivencia. Esto también se está pudriendo, y quizá por eso más que nada, la necesidad de salir. Muchas veces he dicho a amigos comunes lo importante que para mí al menos resultan las cartas de los españoles-americanos. Pero siempre tienen algún pretexto para abandonarnos a nuestra natural desolación...

Comprendo también que las epístolas cuando se tiene tanto que hablar, y tanta necesidad de entrañar a lo vivo, resultan un poco pueriles. Pero por ahí comienza ese desmadejamiento de los “separados” de nuestro país. Yo lo venzo, sin dejar de pensar que de las

cartas, no importan al destinatario otras cosas que las elementales. Yo quisiera tener una correspondencia infinita, para sentirme más firme que lo que me siento hoy. No es vicio, ni grafomanía, ni una especie de epistolarismo descompuesto. Es sencillamente necesidad.

23 de Julio, 1951

Capítulo de suicidios, ahora. Dos obsesionantes. Resulta expuesto atribuirlos únicamente a circunstancias individuales o a la gravitación innegable del destierro, o fijar una proporción cualquiera a estas maléficas influencias. Uno siente que son parte de la propia vida colectiva, de la sinrazón y el escarnio de que está sembrada. Y todo lo que nos rodea y nutre no es un juego, sino suma desventura, aunque pretendamos ofuscarnos con los incentivos cotidianos. De tan concreto, el drama de estos compatriotas se convierte en símbolo, en una malhadada continuidad española; silencios que acaban envenenando al más pintado. El viejo torcedor castizo de la inadaptación adquiere entre nosotros una rara y remolona intensidad, si no lo atajamos con estímulos legítimos. De acuerdo con usted, con su inquietud. Necesitamos encontrar o renovar modos de afirmación, alientos para crear y ser. No podemos encastillarnos, ¡qué torpe sería!. En cuanto a las “cosas tristes” son un rebrote de señoritismo y de picaresca, de la frivolidad que se incubó en los “ismos”.

Previamente, y a pesar de los pesares, y de recientes sucesos que pasan de la raya, ¿no resulta arriesgado proclamar que la última guerra fue “tan monstruosa como inútil”? No obstante la vil mixtificación de que sus ideales son objeto en la paz (la palabreja sirve sólo para que nos entendamos, sin correspondencia alguna con la realidad ni con la justicia), el hecho mismo de que nos irrite a tal grado en sus palpables consecuencias, ¿no es la más nítida de las consecuencias, si capaces somos de aprender?. Ni teóricamente es reversible la historia, y de ensayarla se le troncharía el espinazo. Por la crisis que engendró y que determina este período de agresividad

cínica o vergonzante, de ideologías mecanizadas, de proyectiles propagandísticos, de miedo universal, el escribir se nos transforma en absoluto problema de conciencia, en la percepción de nuestra aguda soledad y de las soledades que nos rodean, hasta captar íntegro el paisaje moderno, que es el paisaje de las ruinas –sin arqueología–, donde la tierra ni siquiera consigue respirar.

Sí, de nada sirven las “soluciones literarias”. La técnica, también en este “reino”, nos esclavizaría más aún. Para conquistar la “atención humana”, la cultura ha de llenar una petición de principios, la de su validez moral. De faltarle la dignidad, no es, simplemente. La cualidad inefable de lo español podría intervenir aquí en una misión quijotesca ajustada a las circunstancias, y que en el pasado únicamente se avizoró.

La verdad es que nos limitamos a negar. Mera y sorda protesta, fría y excluyente incomodidad subjetiva, chispazos de virulencia, en síntesis, pasto para los gusanos. Envarados en el ámbito inmemorial de la protección, de las doradas subordinaciones –mecenasgo caduco, teologías, ilusiones progresistas al estilo decimonónico– los unos se refugian en la añoranza, los de más allá bordan en el vacío y no vagan, pobres de espíritu que sueñan con servir a los flamantes señores feudales que se aúpan en las multitudes, bajo la capa de este señuelo, que todo lo tapa, o aquellos dóciles por nacimiento a los dictados del señor imperante. Hay quien –para que en el cuadro no palidezca un color descuidado– se distrae recargando las tintas de las estructuras desquiciadas, del elusivo dogma geométrico.

Lo sencillo y auténtico, que siempre es lo más hondo y trascendente, al diablo.

Son quiméricas las soluciones literarias, que de por sí, como postulado, implican una disolución mortal. De otra parte, la sociedad que pretenda coartar y reglamentar el libre impulso de la creación se inflige un daño irreparable. Los escritores que intentan desprenderse

de la suerte común rompen sus nexos substanciales, agostan la raíz de su sensibilidad y de su lenguaje.

Por lo pronto, la obra literaria es, más acusadamente que en cualquier etapa histórica anterior, un acto social, aunque las trabas conocidas estorben su difusión, su dialéctica diferencial, nuestro único instante. Un severo concepto de responsabilidad e independencia, que ha de salvarnos –y disimule usted el vocablo imponente-. (La "gracia", el "don" no se discuten: acreditan o anulan el derecho a manifestarse, a ser dolorosa y humildemente distintos). La verdad y la esperanza, para el prójimo, a él unidos hemos de buscarlas. Con nuestro idioma, en nuestra tarea, sin renunciar a lo que somos y sin emboscarnos en la singularidad por prurito.

Es un difícil empeño de equilibrio y de armonía. Mientras luchamos, cada quien a su modo, por subsistir. Más que *seguir*, *empezar*, sin bosqueteros de olvido. De lo que ocurre ¡cuánta culpa no recae sobre las beaterías intelectuales y estéticas en que no educaron!

M. A.

6 de Mayo, 1952

Sinceramente, y no crea que se lo digo por fórmula, para salir del paso, no haga caso de las noticias de España relativas a su salida. Conozco, de otra manera, ese tipo de abejorreo y si antes me hería, ahora me tiene, castizamente, sin cuidado. En último término, es la propia conciencia lo que cuenta. Y nadie como uno aquilata los móviles que lo impulsan y fijan. A mayor desinterés de los zumbidos, más profunda la comunión con el prójimo verdadero y entero.

No sé si algunas motas de ceniza y desintegración se han introducido en mi ánimo, pero le garantizo que lucho, a mordiscos, para seguir siendo, para no desfigurarme ni es estilo ni en sustancia. La realidad es, al menos para mí, demasiado compleja y áspera. Enemigo del avestruzismo que usted denuncia, apartado de la servil

aquiescencia al reverendo acartonamiento de los jefes republicanos de todos los colores, adversario irreductible de la corrupción y esencial miseria del régimen de Franco, por igual distante de los rivales imperialismos económicos, políticos o ideológicos, siento, cada día con más fervor, que mi hostilidad a estas degeneraciones obedece a un anhelo creador y constructivo, aún informulado teóricamente y en lo intelectual, un balbuceo, si acaso.

M. A.

18 de Julio, 1952

Ahí van, en unas cuantas líneas, mis puntos de vista sobre lo que en estas circunstancias españolas y mundiales cabría hacer. Es posible que mi criterio, expuesto bajo la presión del tiempo, para que hoy reciba estas páginas, e ignorando, además, en sus términos exactos, de matiz y rasgo incluso, la conversación que tuviste con X, no se ajuste del todo a la situación, pero como estoy convencido, por nuestras charlas anteriores, de que no habrá disonancias esenciales, prefiero pecar por precipitación y no por inhibición. Lo importante es que tú y yo perseguimos idéntico fin, aunque en beneficio de la variedad ofrezcamos distintas significaciones en cuanto a vocación –la mía cada vez menos política- y consideraciones tácticas. De todas formas, en un 18 de julio me siento más obligado a contribuir en algo a que salgamos de esta lenta podredumbre.

Problemas primordiales para cualquier agrupamiento de españoles desterrados y antifranquistas:

1.- Definir claramente la necesidad de un Movimiento nacional que contribuya al derrocamiento del franquismo y establezca las bases de una reconstrucción democrática de España.

2.- Fijar, también con nitidez absoluta, la participación que en esta tarea –encaminada singularmente a crear un sólido y per-

manente estado de opinión, a que cada español resalte sus virtudes características y elimine sus vicios seculares: la intransigencia e incapacidad de diálogo, la insolidaridad, etc. – corresponde a los viejos partidos políticos republicanos, incluyendo a sus jefes y santones, y a los nuevos sectores sociales que, dentro o fuera de España, aspiran no sólo a suprimir de cuajo la dictadura sino a que no pueda volver a retoñar.

En este aspecto, debemos reconocer dos cosas: que los dirigentes, en su mayoría, por petrificación, han fracasado y, lo que es más decisivo, a nadie inspiran confianza, nadie cree en su aptitud. Que los organismos políticos de la República se han estancado, corresponden a una etapa superada.

Sin embargo, sería demagógico promover una nueva pugna, aumentar más la ya terrible división. Tanto los partidos políticos como sus jefes –hablo de lo que perdura y colea- han desempeñado un papel histórico, encarnan, ello asimismo en sus defectos y errores, nuestra flaca división democrática.

Su misión consiste en ayudar a que las *nuevas fuerzas políticas y espirituales* puedan empezar a formular su pensamiento, su propaganda y las genuinas formas orgánicas que en el transcurso de esta labor previa han de surgir como adecuadas.

Los viejos partidos políticos deben alentar con su simpatía, con su consejo *cordial y modesto*, con los recursos a su alcance, la estructuración de los “focos de agrupamiento”, como yo, con exceso metafórico, los llamo. Deben probar a cada paso su comprensión y su generosidad, su ausencia de bajos apetitos de poder y su verdadero patriotismo.

Su intervención “tutelar”, en el sentido caciquil del vocablo, cerca de estos “focos de agrupamiento” les quitaría el imprescindible prestigio inicial de elementos renovadores y los asfixiaría desde el primer momento.

Su trabajo, en consecuencia, es de extrema delicadeza y excepcional tacto, de auténtica grandeza de ánimo. De paciencia, de sembrar para el mañana.

3.- Si bien en “focos de aglutinamiento” de esta amplitud y elasticidad se impone el rechazar las premisas dogmáticas, una de ellas el legitimismo republicano, resulta indispensable, para no caer en lo estéril, asentar unos principios mínimos de coincidencia, que sobre la marcha pueden articularse más.

4.- Concepto de España como pluralidad nacional de idéntico destino, considerar este factor como una de nuestras realidades positivas si en lo social e individual así lo *pensamos* y *sentimos*.

Es el anterior un predicado de constante educación y autoeducación.

5.- Lo preconizado armoniza con otra exigencia: la de la Federación Europea, empezando por el Occidente. Lo impone el progreso técnico, el horizonte cultural más vasto y la misma formación de bloques antagónicos y negativos que conducen a la guerra y a la peor catástrofe imaginable.

6.- Estos “focos de agrupamiento” y todo lo que a su alrededor sea afín, pueden constituir una fuerza salvadora: de paz, de legítima continuidad, de actitud serenamente renovadora y típicamente constructiva.

7.- Estrecha vinculación con los sectores que en España coinciden, siquiera sea embrionariamente, con este deseo. *Nada de perjuicios doctrinales en cuanto a ellos, nada de querer imponerles nuestras fórmulas*. El perfil de España debemos determinarlo todos sobre la base de una colaboración en plano de igualdad.

8.- Tales grupos, dentro y fuera de España, deben ser, en sus principios y en su manera interna y externa de actuar, de tal naturaleza –aquí hay que ponerle el cascabel al gato... – que puedan incorporar a todos los españoles que no sientan una vocación política, al igual a los que sí la llevan en la masa de la sangre.

Incluso el método clásicamente democrático de la mayoría numérica es preciso usarlo rarísima vez, y apelar a los acuerdos elásticos que se producen por la discusión libre y ordenada, el contacto personal, los procedimientos honestos, el repudio de las ambiciones y de las vanidades, la posibilidad de discrepar y mantener la divergencia sin que ello represente no secundar la acción respectiva.

9.- En su funcionamiento interno, como en su acción pública, estos “focos de agrupamiento” deben preocuparse fundamentalmente de que “su” democracia no sea ni tiránica ni operante.

10.- No vale andar con rodeos. Hasta los hombres de sana mentalidad que proceden de la burguesía, comprenden hoy en lo económico el capitalismo ya no sirve para el futuro y que seducir a los trabajadores con vagas promesas los empuja al campo del *totalitarismo obrero*, a la larga. Rehuir, con argucias, esta realidad es acelerar el desastre. Sólo podremos salvarnos todos, en cuerpo y alma, luchando por la implantación de un socialismo que se fundamenta en el hombre y no en su opresión de cualquier género. Un socialismo que recoja y estimule todos los valores humanos, que permita, y no de mala gana, el cultivo del sentimiento religioso, personal e íntimo, en los que lo experimenten.

11.- Una actitud rotunda respecto a los dos bloques –el imperialista americano y el imperialista ruso- en pugna. Los rechazamos porque conducen a la guerra, a la miseria, a la esclavitud.

12.- Por nuestra parte, como españoles, una especial atención a vincularnos con los pueblos americanos de nuestra habla. No platónicamente, sino formulando unas aspiraciones comunes, concretas.

13.- También, en tanto que españoles desterrados, no podemos menospreciar que hay en España, con todas las degeneraciones que se quieran, un sentimiento patriótico general, arraigado, que expurgado del maleficio del franquismo, puede ser útil como gran energía y, si se encauza, como fuerza universal positiva. Ello nos im-

pone una actitud, un idioma y unos métodos diferentes a los que se venían utilizando.

14.- Fuerza fundamental para este renacimiento español es la resurrección de la fe en nuestro carácter y en nuestro destino. Los valores espirituales y culturales son, hoy, de una jerarquía política inestimable. Necesitamos formular un pensamiento nacional ibérico y el estilo que lo revele.

Bueno, si entre estos puntos algunos te sirven, me daré por más que satisfecho. Cada uno de ellos requiere amplio examen y detenida discusión. En ciertos rasgos quizás sean utópicos, pero empiezo a creer que nos hace buena falta ya un viento de quijotismo y ancha esperanza.

M. A.

5 de Noviembre, 1954

Es este el primer comentario que recibo –usted sabe que los “está muy bien” ni pueden ni deben tomarse en cuenta- y es también el primer espolazo que me obliga a pensar sobre mi todavía men- guada producción. Lo primero, que ya usted anotaba en su carta, es la “necesidad de diálogo”, de diálogo verdadero, de verdadero intercambio de sinceridades, que desgraciadamente no tengo ni con los de mi generación ni con los de anteriores. Nosotros vivimos recelosos de todos y de nosotros mismos; estamos, como usted dice, en un dilema constante, españoles por voluntad de arraigo en recuerdos de recuerdos, esto es no españoles sino españolizantes, dados a las imágenes literarias que de nuestra patria circulan, y envanecidos de una tradición y un pasado que no creo que nos pertenezcan a nosotros más de lo que puedan pertenecerles a todos los hombres. Luego, esta realidad –ésta sí viva- que nos rodea y a la que no nos dejamos entrar en pleno, como temerosos de no encajar en ella, de

perder, si lo intentamos, hasta la imaginación de una patria lejana aunque presentida.

Quizás somos una generación original, quizá tengamos en nuestras manos, apresado sin saberlo, el secreto de la humanidad sin fronteras, sin restricciones de patria o de credos; pero es el caso, como le decía, que no recelamos, que en vez de procurarnos y procurar nuestro destino nos aislamos, creyéndose cada uno suficiente en sí propio.

9 de Septiembre, 1955

¡Gracias les sean dadas a su ceñido y sereno libro!. Le debo, minuto a minuto, tipo a tipo, melancolía a melancolía, un fresco retorno imaginativo a la que fuera mi atmósfera provinciana, mi enmudecida y cercenada caracola malagueña. En el vaho del ayer rumoroso –que establece una nueva afinidad, más sutil, más entera- surge una plaza sombría, poblada de altos árboles senectos, en alineación pareja a su cuadratura inexorable, rodeados, en un aire de siesta, por los venerables coches de punto, de capotas carcomidas y agujereada, de caballos escuálidos, a lo Zuloaga.

La llamaban –cuando aún en España se bautizaba con cierta propiedad- de Merced o de Riego. El primer nombre tenía seguramente una intención religiosa, como una *manda* descomunal a la Virgen. O, en mi arbitraria conjetura, significaba –ridícula precocidad metafísica que me ruboriza- esa voluntad superior que se ocupa en gobernarnos: vivimos a “merced” de...

En cambio, la segunda denominación era bien concreta, y encarnaba muy distinta inquietud. Evocaba a uno de los jefes más populares del liberalismo ochocentista: declamatorio, torpe y vulgarmente legendario. Para subrayar tal carácter elevábase, en el centro de la plaza, el obelisco a Torrijos, impotente testigo de los excesos retóricos a fecha fija al cumplirse el aniversario del fusilamiento de

un grupo de románticos demócratas, en la playa donde acababan de desembarcar, creo que la de San Andrés, según nos mostraba, con profusión de pormenores al óleo, un famoso cuadro, reproducido a voleo y en el que un chiquillo, al que habían vendado los ojos los “fernandinos”, antes de asesinarlo, indudablemente para no soportar su mirada, constituía la nota conmovedora.

Allí, en aquella plaza, estimado amigo, fumé ese cigarrillo que nos abre la puerta de todos los actos clandestinos, sufrí a los 14 años de edad el espejismo de una vocación mística y, más tarde, barrunté, apasionadamente, hiperbólicamente, que la causa de la República española me reclamaba.

Naderías. Sin embargo, ¡cuán hondamente nos hacen vibrar, como nos parece indispensable que hayan existido!

M.A.

4 de Agosto, 1956

Esta editorial de LAS ESPAÑAS es, en líneas generales, un acierto, lo de más altura que se ha publicado. Pero como inicia toda una campaña que en los trabajos sucesivos recogerá las indicaciones bien intencionadas y razonables que suscite, he de formular telegráficamente las mías: sensible desproporción al exponer el pasado histórico que nos determina y el presente; el problema fundamental apuntado al pasar, pero que para mí es clave y norte, estriba en la enérgica renovación de la conciencia española, de *cada español*. La obtención sólida del diálogo y del respeto civil reclama una constante y dinámica exigencia íntima. Ciertos juicios concretos (el papel de un *partido republicano conservador encabezado por don Niceto Alcalá Zamora*, el “panorama” del partido socialista y el dictamen sobre los condotieros del anarcosindicalismo) a nada conducen y sí irritan: conviene más, y es más justo, como norma de la revista, denunciar sólo la intolerancia y la rispidez, los hábitos caciquiles, es decir las causas

permanentes y que tanto costará eliminar. Por último, la necesidad de reconocer que nosotros somos y deseamos ser hispanos-americanos. Esta no es una definición literaria, sino una realidad natural que no se puede escamotear y cuya ausencia me llama grandemente la atención en el editorial indicado, porque hablamos desde América hombres que ya no son como eran al expatriarse y que cuando se reincorporen a España habrán de manifestarse con ese “estilo” y esa forma de afrontar los fenómenos y seres. Tanto en Chile como en México, uno comprueba reiteradamente de qué honda manera se han impregnado los españoles –la mayoría todavía no lo capta, no se han examinado con serenidad- de algunos rasgos distintivos de los países americanos en que el destino los emplazó. Y en el espejo de los hispano-chilenos aprecio que tú y yo –y los restantes amigos de ahí, incluso los que se creen químicamente puros- somos ya para siempre, lo queramos o no, hispanos-mexicanos. No es pertinente seguir expresándose en el vacío, en una secuela de la nostalgia. Incluso a nuestro pesar cavamos raíces.

M.A.

21 de Marzo, 1960

Lo queramos o no, constituímos, los de edad y avatares aparejos, una promoción hispanoamericana, orgánica y ambientalmente. De España procedemos, pero aquí se ha desarrollado la decisiva mitad de nuestra vida, expuesta a difíciles arraigos y quizá de imposible retorno. Si algo somos, o debemos ser, es el puente de dos mundos. Y sobre nuestras costillas ruedan carros y carretas, autos y camiones.

M.A.

7 de Septiembre de 1960

Mis primeros recuerdos ¡ay! no son de un patio donde florece el limonero, como D. Antonio Machado –detrás de cuyos cansados huesos se anda en estos días- sino de refugios donde florecía el hedor humano del miedo, de roncar de aviones, de estallidos violentos, llantos, ayes y piltrafas humanas colgando de los árboles como frutos. Errores tuvo la República –muchos menos de los que se papagayean en España- pero yo nací predestinado a quererla. Tres años cumplía a su nacimiento, y dicen las crónicas paternas que yo andaba a gritos por el balcón de mi casa gritando “viva la República” con gran escándalo de los vecinos, pues abogado de cierto postín mi padre, vivíamos en un piso de vecindad repolluda y carca, en X, donde nací. Otro síntoma fue el ser zurdo, y también cuentan que, preguntándome una vez una oronda y rica vecina por qué escribía con la izquierda, respondíle: “Porque no quiero nada con las derechas”. Niñerías, si usted quiere, pero ya sabe que los niños dicen las verdades de a puño, y aquello me hace ahora pensar lo hermosas que debieron ser aquellas primaveras, cuando la Niña bonita andaba floreciendo en las bocas de los niños. Luego la guerra, y mi padre siempre ausente, en la brecha, tapando los agujeros de tantos desertores, volviendo a casa desesperado por las noches, el mapa de España sobre la mesa, cada vez más chico, y por fin el silencio largo; parece ser que mi padre renunció a salir en un barco, el último, por dejar a otros que él creía en peor postura. La puerta cerrada, y mi madre angustiada siempre a la mirilla, temiendo lo que al fin llegó: un par de sujetos que se llevaron a mi padre en un coche. No faltó un vecino que me enseñase en el periódico el nombre de mi padre escarnecido: no consiguió lo que quería, que con mis nueve años apenas le dije: “¡y a mucha honra!” lo que aún le escuece, y eso que es dermatólogo. Contigo pan y cebolla, decía mi padre en broma la primera vez que fuimos a verle entre rejas: eso y sal es lo único que comió en seis meses, estando enfermo de albúmina. Juzgado al fin, defendióse él mismo y libró de peores con destitución de su cargo,

y destierro, a seguir comiendo cebolla. Los puños se royó, con las lágrimas y allá murió de asco –aunque el médico diga de otras cosas- en su rincón. Mi madre salió de allí tan desamparada que a los dos meses ya estaba ella entre rejas: las de un sanatorio para locos. Y de allí a la tierra.

11 de Septiembre, 1960

Sí, malas noticias de España. Cuando no es la terrible penuria, material y espiritual, torpemente rebozada, son noticias de represión, en una etapa convulsa de la política internacional, y al paio la zarabanda de figurones y sectarismos “emigrados”. Concibo en usted la asfixiante “voluntad de regreso”, pero temo que lo expondría a un desengaño mayúsculo. Acabo de enfrentarme a varias novelas españolas, de “allá”, de la última hornada, y me producen la impresión, vital y social, de un horizonte mezquino y engréido. No pretendo influir en lo más mínimo en su decisión, pero me parece que nuestra suerte no es, hoy por hoy, reversible, y que sin perder la “figura”, lo radical y originario, el exilio no da una oportunidad de perspectiva, de universalizarnos, y que volver representaría una limitación.

... Lo que más me anima, junto al generoso aliento de mi esposa, es la ilusión de crear y expresar, de los amigos y compatriotas, en la pequeñísima parte que pueda correspondernos. A pesar de las dificultades que característicamente nos aglutinan, por encima de las jerarquías que reconozco. Escribimos a contrapelo, en temática (una realidad adoptada, un mundo borroso ya de recuerdos) y sin posible público: allá en España, supongo, no interesan, en líneas generales, las voces transplantadas; los lectores de los países en que radicamos nos oyen en tanto que algo marginal; los españoles de aquí han adquirido otros nexos y objetivos: mentalidad distinta. Lo anterior, a mi juicio, explica la indiferencia irritante en que cayó la muerte de Juan José Domenchina, salvo en el reducido grupo de adictos. Su recia significación de castellano entero, de poeta entrañado y desgarrado

por el destierro, de crítico riguroso, punza o se soslaya. Estoy seguro de que una próxima época lo reivindicará.

M.A.

2 de Octubre, 1960

Has puesto el dedo en la llaga, en mi llaga, al abordar, con una claridad para mí valiosísima, el tema de la guerra civil y cómo la considera la generación joven. Y sus experiencias en ese terreno. Comprendo perfectamente sus apreciaciones y tu justa composición de lugar. Por aquí, en México, sólo muy pocos lo captan. Se aferran a las viejas fórmulas y a las nostalgias trasnochadas e irreales, en su inmensa mayoría. Se les escapa la raíz palpitante, casi secular, de la guerra civil, y por otra parte no se atreven a reflexionar, con todas las consecuencias, sobre ella. Ni a procurar a situarla en su perspectiva, dentro y fuera de sí mismos. De América, la de habla española, únicamente han adoptado lo peyorativo y blandengue. Contados serán los que se salven. Y los años constituyen una criba tremenda. Por mi parte, el problema, en sus términos cabales, me obsesiona y ando a la greña, sufriendo y penando, con una nueva obra, que gira, como un trompo loco, en torno a la visión de la guerra civil, desde México y a través de un hijo de refugiado. ¡En menudo lío me metí!, ¡deséame un mediano acierto!.

M.A.

8 de Septiembre, 1960

Desearía que pudiéramos consumir horas y horas charlando de tanto y tanto como hay que charlar de este mundo cada día más convulsionado y alucinante. Las cosas llevan tal velocidad que pasan como una película a marcha forzada: aquí y allá logra uno percibir un destello a donde asirse. Yo te confieso que a veces me siento muy

confuso. Y que esto me pase a mí, que ya sabes mi forma de pensar y a verlo todo más bien con un prisma de optimismo, ¿en qué estado se encontrarán los escépticos y los pesimistas?, ¿y aquéllos que estaban aferrados a un mundo tradicional?. Vale la pena haber vivido este período, pero no es menos cierto que lo vivimos angustiados porque los acontecimientos nos superan, por lo menos a mí, en las concepciones que uno se ha ido formando: lo que parece buena receta para hoy, es ya anacrónica para mañana. Las nuevas formas de la ciencia, lo económico y lo social, se suceden en forma cambiante y con perfiles de vorágine. Me dan ganas de sentarme en un gran sillón a ver desfilar a todo este ejército de luces y sombras de que se compone nuestro agitado mundo. ¿Será esta tendencia un signo de decadencia, de cansancio, de vejez?. No sé, pero a veces me siento cansado de pensar en el mañana.

8 de noviembre, 1960

Tengo la suya delante, y sigo por orden. Necesidad del diálogo español, dice usted. Indudable. Además: que el único diálogo posible entre españoles es así: por carta. Obligando a escuchar, a meditar las palabras del otro, a responder entonces. Seguramente exagero. Mi experiencia limitada me dicta. O después de años de trato, una separación y dos cartas me han hecho –nos han hecho– por fin, conocernos. Antes, nada, diálogos de sordos con dos cafés por medio. No estamos en perpetua discordia los españoles, sino en perpetua ignorancia. España tiene, según las estadísticas, unos treinta y nueve millones de ombligos.

Para mí, el diálogo con los que vivieron e hicieron la República es doblemente necesario: lo necesito como todos los de nueva generación lo necesitamos, para mejor comprender España, y en segundo lugar, para reconstruir, como un juego de paciencia, la figura de mi padre que se marchó por la puerta de la vergüenza, sin decir ni pío, a ocupar el único sitio donde podía seguir tranquilo y en España:

el colmenar de los muertos. Pero yo, su obra, necesita saber de él. Ni mi madre puede ayudarme –que se fue corriendo a buscarle– ni mi familia me dejó, quemando en dos grandes sacos todos sus papeles, oveja negra (como su padre y su hijo) de una familia de carcas empedernidos. Por eso el hablar con ustedes me es necesario para romper esa ficción de rigidez que, a través de él, toma toda la generación suya. Para ver que están vivos, para sentir el apoyo del pretérito imperfecto (imperfecto en el sentido latino, gramatical: inacabado. Imperfecto también, ¡ay! en el otro sentido. ¿Quién, que es hombre no lo es?). Trece años separan el nacimiento de mi padre y el de usted. Dieciséis entre usted y yo. Pero ustedes por un lado y yo por otro: en medio un hondo valle de sangre negra, y silencios. ¿Dice usted que para la juventud la guerra civil es un hecho histórico?. No, amigo, se ve que está usted ausente de allí. Tal vez calibra por cómo piensan los hijos de ustedes, los que viven ahí y allá, lejos. Para nosotros, los que la vivimos como niños, los que la vieron en el seno de sus madres, los que nacieron en el hambre y el silencio, los que nunca hemos podido hablar a nuestras anchas, reír a boca llena, para nosotros la guerra está presente, viva, encarnada, encarnizada. ¿Le asombra Goytisolo, le sorprende Matute?. No hacemos más que empezar, como quien dice. Todos salimos con la misma voz. Piense en el otro hermano, Luis Goytisolo, el de *Las Afueras*, en donde todos los personajes giran siempre en torno a un eje: la guerra. Piense en Miguel del Castillo, aunque escriba en francés. En Francisco Candel, en Fernando Guillermo de Castro, en Jesús Fernández Santos, en Fernando Morán López. Todos empezando por lo mismo: “antes de mí el diluvio”, por eso nadamos en estas “aguas”. Lo digo yo, lo pensamos, más o menos claramente, todos. Por desgracia, todos tenemos el coraje de Luis Goytisolo; por vergüenza, no todos estamos en la cárcel honrosa. Muchos andamos huidos; nos hemos venidos a América, no hemos “invadido” Europa cabalgando a Clavileño. Nuestro caballo se llama cobardía. Estábamos tan hartos de la torta de maíz, que el pan blanco que tuvo que llegar al fin ya no nos era

suficiente. En la necesidad y en la tristeza hemos mirado con envidia los países de anchas posaderas, a fuerza de cómodos sillones y mantequillas de lujo. Nos ha podido la luz de los cuartos de baño, el meneo de las barrocas colas de los coches, el ande yo caliente. ¿Qué hacemos aquí?. Todo lo más, una declaración, un trabajo como el mío, para, como quien no quiere la cosa, ponerla en su sitio. Pero dar la cara, lo que se dice dar la cara, esa sólo la han dado ustedes, y la vista del *ecce homo* nos han dejado sin agallas.

28 de noviembre, 1960

No hay derecho a que toda una nueva generación no aproveche de su predecesora. En España hemos vivido de traducciones –por lo general malas- cuando no hemos tenido que apechugar con barrocos baratos como Foxá, con palabreos de corte y cortijo como Pemán. (En la casa de campo de mis tíos, donde he vivido ya hace tantos años, en los ladrillos con pintura roja, mis primos y yo escribimos en un muro esta inscripción: “¿No oléis?. ¡Se ha llenado de rosas la habitación!”. De la obra cumbre de *Don Pemán*. Y firmábamos: los humanos pacientes. El verano pasado, cuando volví por allá, la inscripción me hizo reír. No teníamos otra cosa que leer, pero sentíamos el enorme ridículo de todo aquello). Y hemos partido de donde ustedes partieron: de la generación del 98, de lo que conocíamos de la siguiente: la poesía de Lorca, de Aleixandre, de Dámaso Alonso. Queda en el aire, en espera de confirmación más seria, esa impresión mía: dos generaciones sucesivas que, literariamente, parecemos gemelas en las formas, el estilo. Históricamente es fácil aplicarlo.

Que nos han castrado literariamente, que nos han robado nuestra herencia legítima, que corremos una carrera de relevos ilegítima, porque quienes nos tenían que pasar el bastón están corriendo en otra pista, solos, desesperados de no poder entregar el relevo. Y que nosotros porque no queríamos resignarnos, hemos tenido que

empezar de nuevo, como si nadie hubiera corrido por nosotros, hemos partido de cero, ¡y de qué cero! ¡Qué ganas de que esta pesadilla acabe un día!

30 de Noviembre, 1960

Pero a lo que iba: a que nuestra pobreza nos impone una lucha intensa, un trabajo sin descanso, una actitud de pequeña fiera perseguida, y se nos quedan replegados en el corazón los afectos, y las correspondencias cordiales. Esta es la razón de mi retraso. Trabajo mucho y ando a la greña - ¡todavía!- con la circunstancia.

Por otra parte, la clase de novela que yo quiero escribir, que tengo ya montada, no es fácil que encontrara por estas tierras editor responsable. Se trata de algo que, a lo que yo conozco, no se ha tratado todavía: la verdadera historia de un hombre libre, que dentro del territorio llamado “nacional”, nace, sufre persecución, y muere. Pero trazada esta historia, en la que como comprenderás hay mucho de *biografía*, con absoluta sinceridad intentando que sirva como documento de comprensión, aunque también como testimonio de justicia. Aunque, como te digo, la tengo montada desde hace mucho tiempo, me falta la materialidad de escribirla, y para escribirla me falta la seguridad de publicarla. Pues no quisiera que estuviera rodando en original, expuesta a mil contratiempos y a mil tergiversaciones o añadidos...

11 de Junio, 1961

Calaron hondos tus juicios. Sí, la guerra civil es española y los que América pertenecemos, a consecuencia de ella, somos algo “histórico”, una “perspectiva”. De acuerdo, hay que aceptar esa evidencia de España. Y no me arrepiento de persistir, aunque fracase en la partida, en lo que más duele a uno, su pequeña y emocionada e

individualísima palabra. Al igual estimo que tú hiciste bien, tu labor de orientación y capacitación deja huella noble y fecunda. Por lo tanto, no te imaginas la alegría que me producen las actividades del profesor y de escritor y de investigador, ahí. Ojalá cumplas, con ese signo constructivo, todo lo que yo te deseo, todo lo que tú puedes dar. A mí me toca otro papel y lo admito. A mi costa ¿lograré decir lo que pugna por los adentros, de manera cabal, o seré más entre los pacífica y rutinariamente aplastados, una buena intención para empedrar el infierno?.

Querer explicarnos lo español y su posible trascendencia a lo universal, intentar ver claro en la maraña de la guerra civil, en función de los hombres y no de ésta o aquella facción, de ésta o aquella doctrina, de tal o cual táctica, del grupo de intereses y empecinamientos de mengano o de zutano. Al menos, para mí, es la literatura la única forma de expresarlo y de buscarlo, UN PROBLEMA PREVIO, QUE NO ME DEJA EN PAZ, y sólo cuando a mi manera lo resuelva, o crea que lo haya resuelto, podré encararme con otros problemas, gentes y momentos. De la España en que tú estás yo no sé nada, concreto, real y experimentado, como novelista o aprendiz de tal. El mundillo de la emigración –con sus pompas, prejuicios e ingenuidades, con sus jerarquías sonámbulas- me parece anquilosado y no ofrece ningún eco saludable, salvo honrosas y aisladas excepciones personales, de algún que otro amigo, que no padece arterioesclerosis espiritual.

Y tengo archivada mi novela –novela de un aspecto de la guerra civil española y temo haber sido injusto, negativo, pues puse en primer plano las tintas sombrías y quizá descuidé lo que hubo en ella de cálida ilusión, de ciega inocencia- y me da miedo enfrentarme a ella. Ampliarla, quizá sobre la base de una trilogía, es hoy superior a mis fuerzas. Yo, loco, quería enfocarla como una áspera curación, en hombres de carne y hueso, para que nos limpiásemos, y su autor el primero, de nuestra mugre de violencia y de nuestro siniestro carnaval de desatinos. Y sospecho que una visión así daría lugar –con

todas sus torpezas pero con su dignidad- a que se tomara el rábano por las hojas.

M. A.

27 de Agosto, 1961

Aquí todo igual. Los trabajadores se están marchando a los países europeos más prósperos en este momento: Alemania, Holanda, Bélgica, Suiza, etc. Es una lástima, porque se trata de especialistas, ahora. Desde luego, Europa occidental está viviendo una etapa económica brillantísima y se ha recuperado de tal modo que, en un conjunto, es ya una potencia de igual valor que EE.UU. y Rusia. No conviene olvidar este detalle, porque es de gran importancia para el futuro. Un dato: se está volviendo muy agresiva, en el sentido de estar inquieta. He leído un artículo sobre Europa, en *La Gaceta*, de Damián Carlos Bayón, en el cual se destacan tendencias al confort –norteamericación- entre la juventud europea. No descubre nada nuevo, porque este fenómeno se da en Iberoamérica y en la URSS, y en todos los países donde se está realizando una industrialización. No es ningún fenómeno norteamericano; es un fenómeno universal. No se puede ser heroico cuando tienes la comodidad llamando a tu puerta. Sólo se es heroico en la desesperación y en el cansancio de vivir. Esto no ocurre ahora en Europa, ni en la URSS, ni en todos aquellos países que están dejando de ser la pobreza. El único heroísmo que veo en la presente situación es pensar y hablar con claridad, tal como se siente y se cree. Esto es difícil porque estamos asustados. Nos asusta el poder, el mal terrible de nuestro tiempo. Los revolucionarios que conozco, son en realidad unos insaciables frustrados de poder, y pertenecen a una fauna sumamente peligrosa, porque no son generosos; sólo aspiran a vengarse de alguien: de uno de algún grupo o de la misma sociedad.

Creo que los hombres españoles de exilio sólo pueden hablar de una España que va del 1939 hacia atrás, pero no están en condi-

ciones de hablar de la España de 1939 hasta hoy. Esto no por falta de derechos, que les sobran, sino por falta de sociedad española, de vida, intereses y espacio españoles. La emigración ya no es una solución para el hombre que aspira a hacer algo por su patria. Actualmente, nadie la justifica, excepto el que es perseguido. La emigración sólo produce desarraigo, y, o te haces miembro del país que te recibe o te conviertes en una fantasía viviente. Creo que podrías hacer la novela de la guerra civil, porque la has vivido, y porque todavía no se ha hecho. Gironella es el único que lo ha intentado, pero me parece un sectario y no comprende más razones que las tuyas. ¡Cómo si no existieran otras!. La guerra civil española sólo existe porque se empeñan en recordarla todos los días quienes gobiernan en España y quienes gobiernan desde fuera a España, pero para los jóvenes sólo existe un ahora y un futuro. Esto es lo que les preocupa. Lo demás, les parece anecdótico, muy interesante y emotivo, pero lo ven como espectadores de un gran drama. Quizá sería importante que hicieras la novela y la guardaras. Con los años adquirirá más importancia y se hará más indispensable conocerla, y además estarás en condiciones de madurarla.

2 de octubre, 1961

Coincido enteramente contigo –desde hace más de diez años- en que la solución de España estará a cargo de los que allí se encuentran. Aparte de los motivos tópicos, o de cómoda elusión, se ha producido una realidad humana y social en el exilio, en algunos sectores y gentes. Somos ya, consciente o inconscientemente, y hablo por mí, fruto de un mestizaje espiritual, hispanoamericanos en suma. La edad, obligaciones familiares ramificadas, difícil encaje cuando no se ejerce una actividad intelectual especializada, determinados prejuicios, nos retienen. Y sin embargo, afincados hoy en esta tierra queremos comprender y ayudar, “secundar”. ¡Otra disyuntiva que sólo de viva voz podría explicarle!.

M.A.

Barcelona, 5 de Julio de 1966

Te sorprenderá recibir esta carta y los recortes que acompaño. Lo mismo me sucedió al recibir, en sobre abierto –no sé si por olvido o intención- de nuestro inefable y entrañable X, el manifiesto ¡VIVA CATALUÑA! del que tú eres uno de los firmantes.

Comunicarme contigo no necesita mucho estímulo y al leerle he tenido el deseo de hacerte algunos comentarios personales, sin más valor que el de la sinceridad. Ahí van.

En política, como en todo, estar fuera de la realidad es una desventaja y considero que los españoles en el exilio lo estáis y vuestras valoraciones de hechos y circunstancias resultan desenfocados. Es más, durante un cuarto de siglo han sido consecuentemente erróneas. ¿No crees que es hora de examinar el problema español sin doctrinarismos?.

Me asombra ver cómo tantas personas inteligentes siguen utilizando los mismos esquemas políticos y expresándolos con las mismas reiterativas frases de hace 30 años, como si ni España ni ellos mismos hubiesen sufrido cambio alguno!.

¿Es que se puede creer que un pueblo como el español soporta 30 años un régimen de opresión e injusticia?. No habría peor juicio sobre el pueblo español que el de los demócratas.

¿No es más lógico pensar que si el régimen pervive es porque tiene algo que ha aprendido en el pueblo y porque ha sabido rectificar errores?.

No entro en doctrinas políticas. Cada quien es dueño de hacer lo que más le satisfaga. Pero no hay derecho a afirmar que como el pueblo español no sigue los esquemas políticos de los exiliados, viven en la ignominia.

Vuestro manifiesto no tiene fuerza alguna de convicción por lo muy discutible de vuestras afirmaciones, especialmente las del pri-

mer párrafo. No porque carezcan de verdad, sino porque carecen de medida. Su valor es muy relativo pues es materia opinable y con grandes matizaciones.

Hoy no se convence con frases sino con lo evidente y lo que decís no es para la inmensa mayoría de los españoles:

Porque no se sienten oprimidos ni lo están.

La injusticia económica se está corrigiendo (el valor absoluto de los salarios en la renta nacional se ha más que duplicado en cuatro años).

Porque si tiene algunas libertades políticas mermadas disfruta de otras concretas que le interesan más.

La intolerancia religiosa es cosa del pasado, como lo prueba la reciente pastoral de la Comisión Permanente del Obispado.

Si hay Sindicato vertical, los cargos sindicales son electivos –y se afirma que pronto incluso los presidentes- y participa en organismos de gobierno.

Tiene una seguridad social cada vez mayor.

No es un infraciudadano sino más respetado que la mayoría de los americanos.

Sabe que el Mercado Común es un objetivo político y que la España de los 50 no podía ni soñar, en lo económico, con integrarse en él; y que tampoco es una panacea, como lo demuestran los tumbos de Italia al principio de los 60.

Y porque si aún muchos viven mal, (como en todas partes) cada vez vive mejor en paz.

A todo lo anterior se le podrá dar el valor que se quiera. Pero existe, está ahí. Y hay que contar con ello si se quiere hacer una labor política en España y no sólo para convencer a los convencidos.

Y en el momento es de gran interés. Se ha despertado la inquietud política acerca del mañana. Si se quiere tener alguna influencia, no se le puede ir al español con frases; sino con el serio estudio de sus problemas y ofreciendo soluciones claras y concretas que puedan captar su imaginación, que es bastante realista.

En fin, no trato de defender un régimen poco grato ni de olvidar sus defectos. Quiero solamente recordar una verdad elemental: si no tuviera algunas cualidades y eficacia ¿no habría desaparecido?. Por consiguiente, no se puede execrar todo, en crítica doctrinal, porque genera la incredulidad.

Tampoco discuto la buena fe del manifiesto ni la defensa del derecho a ser y sentirse catalanes. Sólo me parece desproporcionado con la realidad y que sobre las autonomías hay mucho que hablar. La autonomía de *todos* me parece un objetivo interesante, sobre el que no se tiene experiencia pero que uno intuye que podría resultar. No pasa lo mismo con las particulares. Existe experiencia y no es alentadora.

Además de su fondo egoísta, encuentro en todos los particularismos un conservadurismo y un trasfondo de racismo diferencial, que, francamente, no me gusta.

Por otra parte, el derecho de autodeterminación no es absoluto sino relativo. Para que una parte de una comunidad natural se pueda autodeterminar, tiene que contar con la conformidad de las otras. “E sino, no”.

Las muestras del particularismo español resultan pintorescas. Ahí tienes al Mikel, vasco que en Caracas pide: “la guerra a muerte” con España, y con ¡Francia! (lo que tiene lógica). Los carteles de “Volem bisbes catalans” (algunos los apostillamos con: “Volem monjas suecas”). O la opinión del autor Espriu, que considera como traición que un escritor catalán escriba en castellano. Me resultan variantes de cerrillismo, como el de una definición que corre: “Requeté, animal pirenaico que, confesado y comulgado, ataca al hombre”.

Como sabes, aquí se publican una importante cantidad de libros en catalán, generalmente muy buenos; se representan permanentemente obras de teatro en catalán y en Madrid se representó a Espriu; se bailan sardanas y se canta en catalán. Para terminar, entiendo que los agravios no deben ser tan grandes por lo siguiente:

Me pago poco de las multitudes, pero es indudable que reflejan –pasajeros o durables- estados de opinión. Pues bien, mira en los recortes que te envió cómo en Barcelona, Berga y Manresa reciben el generalito.

Estos entusiasmos multitudinarios se pueden dirigir, pero no crear, ni tampoco improvisar. Si Cataluña se siente agraviada, tiene una manera muy peculiar de demostrarlo.

Bueno, Manolo, échale la culpa a ... –a quien envió copia- de toda esta retahíla.

México. D. F., 19 de Julio de 1996

Mi querido amigo:

Recibí, poco antes de un viaje a Veracruz, tu carta del 5 de Julio. No sabes cómo aprecio el que, a despecho de profundas discrepancias, mantengas en lo que a mí se refiere, el noble tono de cordialidad que te caracteriza y que, también en esta tesitura, hospitalariamente –otra de tus magníficas cualidades humanas y de sello castizo- te esfuerces en acudir a un diálogo que, por desgracia, en lo español de allá y de aquí, de los que en la patria viven y de los desterrados, (pertinaz y torpe división que aún imponen entre vencedores y vencidos), sólo en ámbito privado puede efectuarse. ¡Al cabo de tantos años!. Ello te duele, me consta, y es quizá uno de los encomiables motivos de que te hayas apresurado a escribirme, a incluir comprobantes fotográficos y estadísticos, con los que intentas apaciguarte.

No aspiro, con las presentes líneas, más que a exponer unas razones, para que tú las sopeses. Y lo hago con la actitud de fiabilidad, total o parcial, que indefectiblemente adopto al contrastar el criterio de los que estimo y el propio, nada egocéntrico.

Ni tú ni yo somos –o ambicionamos ser- políticos profesionales. ¡Vade retro!. No pretendernos tampoco erigirnos en teóricos a la violeta, o en arbitristas. Nos importan España y sus pueblos; en los adentros del quehacer típico deseamos cooperar a que el país –y sus gentes- encuentren el “camino real”, en la doble acepción del término; anhelamos la creación de una concorde y matizada conciencia que sea el pan espiritual de cada día; nos satisfaría que se hallasen formas lícitas y activas de convivir, de una relación sin cuquerías, ni desplantes, ni engrimientos, con el mundo.

Para nosotros, lo económico –producción valiosa, distribución justa, equilibrio del campo y de la ciudad- es un instrumento de expresión y de sustentación de España y de los españoles, jamás finalidad absorbente y corruptora, por mucho que se la disfrace con retóricas viejas y tecnicismos que, de no atemperarlos, desustancian. Rechazamos la violencia, pero convendrás en que nos repugnan las mixtificaciones, los remedos de orden.

¿Qué estamos, los de esta ribera, al margen de los hechos mostrencos? ¿Qué empleamos un lenguaje que en España no se estila, por ser ahí físicamente imposible?. De doctrinarios nos tildas y de hiperbólicos nos calificas. ¿No se trata de materia opinable, que requeriría morosas puntualizaciones?.

Ahora bien, opino que la pervivencia de un régimen, de un Poder, es fenómeno independiente de su legitimidad moral y de su eficacia en dimensión histórica. (De “poco grato” lo calificas). La “prosperidad”, que por cierto vacía extensas porciones de nuestro solar, puede ser pírrica, y a la larga, en repercusión más allá de nuestra edad, gravosa. Y si me apuras, funesta.

Evidentemente que, no obstante ello, hay determinadas zonas de progreso, aportaciones notables, de la industria a la cultura. Pero si examinas esos signos alentadores, y *que me complacen*, responden, por lo común, al vigor de nuestros pueblos y de sus hombres y mujeres, que desbordan y cuartejan los moldes oficiales.

No pretendo –y la afirmación es enteramente personal- “hacer una labor política en España”. No es de mi afición, ni de mi devoción, ni de mi aptitud. A los desterrados –tal mi criterio, añejo ya- sólo nos incumbe coadyuvar a la tarea democratizadora- e integradora, de cabo a rabo, que los españoles afincados en España desarrollen.

Y que esa labor “democratizante” es algo imperativo salta a la vista, en tus propias afirmaciones. En cuanto a libertades ciudadanas –indisolubles del respeto a la personalidad, a la dignidad humana que es tradición, meollo y mensajes de las mejores expresiones españolas-; por lo que atañe a los sindicatos, cuyo exacto remoquete de “verticales” no admite efugios; en lo que afecta a la intolerancia religiosa, que urge descartar de hábitos y mentes, permeabilizar la costra de jerarquías y núcleos colectivos hartos conocidos. He aquí, con la turbia voracidad financiera y localizables complicidades, a extinguir, del Ejército y que no contradicen su validez institucional, los pilares negativos de un sistema de intereses antinacionales, y de perjuicios, que por separarnos de Europa vedan el acceso a una superestructura y dinámica modernas que resulta imposible desconocer y dejar de desear, sin que por ello la estime milagreramente.

Estas observaciones no significan una reivindicación del pasado próximo, de los graves errores cometidos, de las culpas que todos debemos asumir y asimilar, para que no se repitan los disparates y las tropelías que aún nos abochornan. Y ahora me siento obligado a poner un dedo en la enorme llaga. Ocurrió una guerra civil, mezclada con una pugna exterior asimismo el triunfo de un bando y la derrota de la República. ¿Acaso queda, *ahí*, la oportunidad de inquirir la verdad, de examinar lúcida y generosamente lo sucedido?. El régimen

privativo en España ha fabricado, implantado y propagado, su versión delirante y beligerante. El exilio interpreta aquellos acontecimientos, en respingo defensivo, con músicas, cada vez más mortecinas, de nostalgias y de glorias. Unos y otros, al empecinarnos, causamos un serio quebranto a la reconstrucción de España, que no debe fundarse en odios ni en restauraciones, en deleznable vanidades. No propiciamos las bases de una futura comprensión.

Tal escamoteo origina que no se haya facilitado, incluso a largo plazo, en profundidad, en virtualidad, para el porvenir, la solución de ninguno de los grandes problemas nacionales. Rascas en la superficie –dorada o almidonada- y resurgen los avisperos. La misma evidencia de que no existe el juego de fuerzas sociales capaz –sin fulanismos ilustres o hipnóticos- de proseguir la misión colectiva (ahí está, piedra de toque, la incógnita de la “sucesión”) destaca la irresponsabilidad que tipifica el régimen. “Se ha despertado (¿hallábase dormida, la aletargaron?) la inquietud política acerca del mañana”, dices.

Y, por último, la cuestión, a estas alturas más en carne viva que nunca, de lo que llamas “autodeterminación”, “autonomías”, “particularismos”. Me remito al libro de Antonio Carretero, “Las nacionalidades españolas”, y a otros estudios que, con doctrina más autorizada que la mía y espacio amplio, ofrecen apreciable argumentación sobre el tema.

No es del caso, pues repetir lo justamente dicho, ni impugnar la existencia previa y maquinal de una comunidad a la que una de sus “porciones” esta fundida, ya que sin el consentimiento de las restantes, etc... ¿Y el libre albedrío no “es”, sin considerar su magnitud, derecho colectivo? ¿O nos alucinamos para imponer y coaccionar, en cualquier medida?.

Cuando hablo de catalanes incluso a los allí nacidos y a los allí incorporados (“els altres catalans”, que ha relevado Candel en

su admirable obra). Lo que desvanece la imputación de “racismo diferencial”. Y basta una nómina de apellidos de los más exaltados defensores de la personalidad cultural y política de Cataluña, en corroboración de lo contrario.

Me parece que la actitud irritada, ante estos brotes de una realidad contradicha y contrahecha, responde a los resabios de una enseñanza amañada, falaz y ortopédica, de la Historia de España, que se ha enquistado en nuestro subconsciente y que produce valedictos y desplantes temperamentales. Sí, muestras de cerrilismo. Pero distingamos: hay un abismo entre el “nosaltres sols” y el amor al idioma vernáculo y el afán de instituciones directas.

Examinemos el “registro” de Salvador Espriu, cuya “obra poética” leía al llegarme, vehemente, casi con prestancia corporal, tu carta. Estaba impresionado. Después de Maragall y Antonio Machado, ¿hay lírica, al par íntima y representativa, de mayor calado, de comparable don comunicativo, en las dos últimas décadas ibéricas?. ¿Habría alcanzado a forjarla, y penarla, Espriu de no expresarse en la lengua de herencia, que le descubrió el mundo de niño, que estremeció su adolescencia, y lo molestó (¡oh, Sinera!) en juventud y madurez?. Exageración y humor agrio excluidos, ¿por qué en lugar de propiciar las manifestaciones hondas y veraces, propúgnanse torsión y distorsión, como una especie de sacrificio al pie del altar del Estado centralista?.

No caigamos, por lo tanto, unos y otros, en lo peyorativo. La declaración de Espriu –que no conozco sino por tu referencia- es algo circunstancia y epidérmico. Predominan y subsistirán sus poemas, que en temática se entroncan, precisamente, bajo luz mediterránea y vibración marina que a tierra y paisajes catalanes nos vinculan, con escritores de parla castellana, lo que Joan Fusté subraya en su prólogo. ¿Motivos preponderantes, a captar en un sonido y coordinación genuinas, natales?. La meditación de la muerte, la condena ética de opresores, tiranuelos y corruptores, la sátira ácida de los

conformistas, de los sensuales de vía estrecha, el delirio dolorido de libertad.

Me extendí más de la cuenta en Espriu, que exige espacio de su pertinencia y en distinto lugar. Desmesura con la que a ti me igualo; quizás atribuyes excesiva importancia a esas manifestaciones multitudinarias, de dudosa franqueza, y que en su intrínseca cuantía me inspiran melancólica rumia, al par que inducen a severa reflexión, para que apliquemos incesantemente la terapéutica del diálogo, inconcebible sin un régimen vigorosamente democrático. Diálogo consigo mismo, diálogo con los semejantes y con los próximos y lejanos, con las generaciones de este tiempo y con aquellas que nos pautaron.

Los mejores deseos para los tuyos. Abrazos amistosos de

M.A.

EN TORNO A LA CRÍTICA LITERARIA, MARGINAL E INFORMALMENTE (1975)

Gracias a la clandestina convocatoria de “Andrenio” y según un módulo que, complacida y elegantemente, solía utilizar el amable escritor (en actual olvido inmerso, a resultas de la discontinuidad y quebrantos que han experimentado nuestras letras), quizá se reunieron, en estos días marceños y matritenses, un ilustre catedrático, cierto crítico en periodístico trajín, aquel pertinaz novelista, una estudiante de biológicas, y el lector, autonomásico, de edad madura.

Conversaron paseando: economía escenográfica. Hora, de atardecida.

CATEDRÁTICO.- Todavía queda esperanza. Ni siquiera comentamos los remiendos ministeriales, en cocción, ni los rumores y conjeturas que merced a estas incitaciones zarcibullen. Casi parece-